

la carrera que atravesó como dentro del convento, fué objeto de nuevas y cariñosas demostraciones.

La comunidad le obsequió con un riquísimo chocolate, diciéndole que á él debían tan suculento manjar, y entre sorbo y sorbo oyeron de labios del caudillo, no sólo la relacion de sus hechos más gloriosos, sino lo que él estimaba en mucho más, los prosélitos que, por su iniciativa y auxiliado poderosamente por los padres misioneros, habia hallado en las Indias la única verdadera de todas las religiones, la que tiene más adeptos, la que nada ni nadie eclipsará su brillo, la religion del Crucificado, la religion cristiana.

Botello, fiel servidor del caudillo, habia aprovechado su breve ausencia en proporcionarle una casa con mayores comodidades que la suya.

Cuando regresó el caudillo de ver al prior, fué conducido á la nueva habitacion que se le tenia preparada en la calle Mayor, número 66.



Capitulo CL.

Desfallecimiento.

Las contrarias emociones que produjeron al ilustre Cortés, la ovacion de que era objeto, y la noticia de la pérdida de su pleito, minaron fatalmente su salud, harto delicada.

Dos horas poco más haria que se hallaba instalado en su casa, y notándose muy mal, llamó á su hijo.

—Luciano, mi querido Luciano, —exclamó, —no sé lo que tengo; pero la verdad es que temo que se acerque mi última hora.

—No digais eso: felizmente vuestro estado ofrece ese peligro que suponeis.

—Te engañas al decir eso, y quieres engañarme á mí tambien. ¡Ah! Si no fuera por tí, por t^{her-}

manos, por mi buena Juana, bien sabe Dios que no sentiría abandonar esta vida. Tengo ya fervientes deseos de descansar, de que termine esta ruda batalla que vengo sosteniendo con la fortuna. Me es muy doloroso, sin embargo, en estos postreros instantes, no dejaros asegurada una fortuna, con la que pudiérais hacer frente á todos los contratiempos, con la que tú y tu hermano Martín pudiérais continuar el camino que os he trazado (E).

—Por Dios, padre mio,—dijo Luciano entendiéndose.

—No puedes figurarte cómo decaen mis fuerzas, y lo siento lo que no es decible, porque tendré que renunciar al viaje que proyectábamos. Mañana debíamos ir á Huelva, y desde allí al puerto de Palos, donde el rey me ha ofrecido que me tendría preparado un navío.

Luciano le escuchaba con religioso silencio, y furtivas lágrimas humedecían sus mejillas.

De pronto exclamó Hernan Cortés:

—Llama á fray Melgarejo y dile que te acompañe al convento. Entre los venerables habrá seguramente alguno que haya cultivado la medicina: que fray Pedro le ruegue que venga á verme.

Esta orden fué obedecida.

Luciano quedó á la cabecera del lecho de su querido padre, mientras el virtuoso sacerdote se encaminaba al convento.

Un momento despues volvía acompañado de un anciano venerable, cuya mirada penetrante y viva, á

pesar de su edad, revelaba el talento de que estaba dotado.

—Perdonad si á hora tan avanzada os he molestado,—exclamó Hernan Cortés, haciendo ademán de besar su mano.

—No solamente no me molestais, sino que por el contrario, me honrais demasiado.

—Padezco lo que no es decible; mis fuerzas decaen por momentos, é imploro el auxilio de vuestra ciencia.

—Mi ciencia es escasa; bien que la inteligencia del hombre es limitada. Todos los conocimientos humanos son inútiles cuando falta la proteccion del cielo.

Despues de examinar cuidadosamente al enfermo, se convenció el religioso de que los dias del ilustre Cortés estaban contados.

Un movimiento de cabeza que sorprendió Luciano cuando auscultaba á su padre, le hizo comprender el grave peligro que corría el autor de sus dias.

—¿Saldré de esta enfermedad?—preguntó Hernan Cortés, dirigiendo una escrutadora mirada al venerable anciano.

—¡Nadie es capaz de sondear la voluntad de Dios!

—¡Oh! Si tan grave es mi estado, si he de morir, yo quiero ponerme en camino: yo necesito volver á las Indias; preferiria terminar mis dias en aquella tierra que he regado con mis lágrimas.

—Hoy no podria consentirlo. Vuestra situacion

no es tan desesperada como suponeis, y seria una locura emprender un viaje que necesariamente habia de seros funesto.

Ahora, amigo mio, lo que os hace falta es tranquilidad, y no pensar en nada de las cosas terrenales. Pronto os pondreis completamente bueno, y entonces podreis dedicaros á continuar vuestra gloriosa conquista.

El sacerdote recetó lo que creyó conveniente, mandando á un criado que fuese á buscar los medicamentos al momento.

Converso despues con Fray Melgarejo, haciéndole ver la poca esperanza que tenia de salvar á su amigo, y encargándole que procurara reconciliarle con Dios, se dispuso á marcharse.

Luciano le suplicó que le dijese la verdad de cómo se hallaba su padre, y aunque el anciano le dió palabras de consuelo, le preparó para la catástrofe que se temia.

—No hay que perder la esperanza,—le dijo al retirarse;—la bondad de Dios es infinita. De todos modos, yo volveré mañana temprano, y no tengo para qué deciros que haré cuantos esfuerzos me sugiera mi imaginacion para conservar la preciosa vida de vuestro padre.

En cuanto á Melgarejo volvió á la cabecera del lecho del enfermó, le preguntó éste:

—¿Podré dentro de dos dias continuar mi viaje?

—No os ocupeis de eso, mi querido amigo. Pensad en que la vida del hombre es corta, en que la

muerte nos sorprende cuando ménos lo esperamos... Y no vayais á figuraros que os digo esto por que crea que vuestros dias están contados. Nada de eso; me refiero únicamente á la necesidad que todos tenemos de estar bien con Dios.

No tuvo mucho que esforzarse fray Pedro para que su amigo le confesase.

Hernan Cortés pasó la noche más tranquilo, más sosegado.

Seria poco más del amanecer cuando llamaron á la puerta.

Train un pliego urgente del Consejo de Indias para el ilustre enfermo.

Luciano habló con Melgarejo, y convinieron en que no era aquella ocasion para que Cortés se ocupase de negocio alguno.

Sin saber por qué, tenian el presentimiento de que aquel pliego anunciaba alguna mala noticia, y agujoneados por la curiosidad le abrieron.

Su corazon no les habia engañado.

Era una orden mandándole suspender su viaje á las Indias, y desterrándole á Medellin.

—¿Qué hacer ahora?—exclamó Luciano en medio de la mayor desesperacion.

—Este debe ser el resultado de una intriga de los enemigos de vuestro padre. Partid inmediatamente á Sevilla; el rey debe hallarse allí, puesto que en dicha ciudad viene fechada la orden: presentaos á él, decidle la situacion de vuestro padre, y no lo dudeis, al oir vuestras palabras el rey revocará esa

orden, si no todas sus partes, al ménos en lo relativo al destierro.

Melgarejo quedó al lado de Hernan Cortés.

El ilustre conquistador de Méjico era preso en aquellos momentos de una horrible pesadilla.

—Pronto, mi caballo,—decia;—ya habeis visto que no he querido derramar sangre; pero la obstinacion de los indios, su insistencia en desoir mis consejos, me obliga á rechazar la fuerza con la fuerza.

Callaba un instante, y luego continuaba:

—Nada temas, Marina; tú no te apartarás de mi lado; te adoro más que á mi vida, y además, ese hijo...

Como si la conciencia le remordiera, añadía:

—Pero que no te vea mi esposa Catalina; ella me salvó la vida en la batalla de Otumba; que no sepa que tienes un hijo, porque le ahogaria de celos... Apártate, apártate, que dice que yo he matado con mi abandono al hijo que nos concedió el cielo... Pero ¿quién eres tú?—decia con voz débil.—¿Tú tambien eres madre, mi bella Ihalí? Espera... hoy nada puedo hacer por tí... mis enemigos me han desterrado aquí, pero yo volveré á Méjico. Toma, toma esta carta para mi amigo fray Loaisa.

Y al hacer un movimiento como para acercarse á Ihalí, se despertó.

—¿Qué esto, Dios mio,—exclamó sobresaltado.—¿Dónde estoy?

—A mi lado, al lado de vuestro amigo Melgarejo, el compañero de la infancia.

—¡Ah! Sí... Pero ¿cómo habeis venido conmigo á

las Indias? ¿Y mi hijo Luciano? ¿Qué hace? Quiero verle.

—No estamos en las Indias, estamos en Castilleja de la Cuesta.

—Pues es preciso que partamos inmediatamente.

Melgarejo fué poco á poco diciéndole la orden que se acababa de recibir, y la desesperacion de Cortés llegó al último limite.

El que siempre habia sido tan leal, que en las circunstancias más difíciles, más azarosas, más críticas de su vida siempre habia acatado las órdenes de su soberano, por injustas que las creyera, hasta abrigó la idea de rebelarse contra él.

La dolorosa emocion que le produjo aquella noticia agravó fatalmente su enfermedad.

Su vista comenzó á nublarse, su respiracion se hacia cada vez más difícil, y extendiendo las manos hácia donde estaba fray Melgarejo:

—Pedro, Pedro,—dijo con voz débil,—no te separes de mí... pronto bajaré á la eternidad... raega á Dios que me perdone mis pecados... Catalina... perdóname... Vé á ver al rey en mi nombre... llama á mi esposa y á mis hijos... La vida se me acaba, y necesito verlos, estrecharlos contra mi corazon por la última vez.

Fray Pedro seguia atentamente los movimientos del enfermo.

Su delirio le asustaba.

Todos los síntomas hacian creer que se acercaba la última hora para aquel hombre de hierro, para

aquel atleta que con tanta energía habia soportado los sufrimientos de su vida aventurera.

Pero ¿que podia hacer en aquellos supremos instantes el ministro de Dios?

¿Qué consuelos ofrecer á aquel anciano, para quien el delirio era acaso el bálsamo más dulce, puesto que era el olvido?

Si con palabras inspiradas en el santo Evangelio le atraia á la razon, le devolvía el conocimiento, el dolor de la verdad debía matarle.

¡Triste condicion humana!

Como Cristóbal Colon, despues de haber conquistado un imperio, habia incurrido en desgracia para con el rey,

Fernando no podia comprender que el genovés que habia pedido limosna en Santa María de la Rábida, se elevase á su altura y eclipsase su gloria.

El mismo sentimiento de envidia se apoderó del alma del Emperador Carlos V en presencia de Hernan Cortés.

Los celos que despertaban en su alma las heróicas empresas que habia emprendido el conquistador de Méjico, rompiesen los lazos que ligaban la colonia á la metrópoli, y se proclamase emperador de aquel vasto pais, le impulsaron á pagar los sacrificios del héroe con la más negra de las ingratitudes.

Verdad es que no faltaban consejeros que le hiciesen perseverar en esta inicua conducta; pero de cualquier modo, la historia, que es la justicia de los reyes, condenará siempre á Fernando V y á Carlos I

por haber dejado morir en el abandono, y casi en la miseria á Colon y Cortés.

Una de las mayores penas de fray Pedro Melgarejo, era que su antiguo amigo muriese sin que hubiese regresado su hijo.

Luciano adoraba á Cortés, estaba profundamente penetrado de lo doloroso de su situacion, habia ido á hablar al rey por su padre, á recordarle los muchos servicios que habia prestado y el aflictivo estado en que se hallaba.

Personas de elevada jerarquía debian interesarse tambien en favor del enfermo.

Este se hallaba al borde del sepulcro, su mal no tenia cura; si entonces se libraba de la muerte, su vida debia ser valetudinaria.

No podia hacer más que llevar sobre sus blancos cabellos los laureles que habia conquistado.

Estas consideraciones podian influir en el ánimo del rey para que levantase aquella especie de ignominioso arresto que habia contribuido á agravar á Cortés.

Y si el arresto se levantaba, si el monarca honraba al valiente guerrero, si el entusiasmo del pueblo y el afecto del monarca llegaban hasta su lecho de muerte, y pronunciaban allí algunas palabras de consuelo, al ménos calmarían los dolores del moribundo, al ménos la esperanza del porvenir de sus hijos endalzaría los últimos momentos de su vida.

¡Inútil deseo!

Luciano no volvía, y Cortés agonizaba.

Era al anochecer.

La estancia donde se hallaba el enfermo estaba paco menos que á oscuras.

La luz artificial le molestaba, y sólo por los vidrios de una ventana penetraba en la habitacion esa tenue claridad de las noches serenas y claras.

La respiracion de Cortés era cada vez más fatigosa, más difícil.

—¡Agua!...—balbuceaba de cuando en cuando.— Agua, yo me ahogo.

Fray Pedro mojaba un hisopito en un agua ligeramente saturado de vinagre, y humedecía con él los labios del enfermo.

Necesitaba recibir los últimos sacramentos, y no era posible administrárselos.

El sacerdote meditaba qué partido tomar, cuando un extraño suceso llamó su atencion.

De pronto se abrió la puerta de la habitacion en donde yacia el enfermo, y penetró una mujer cubierta con un manto y poseida de una vivísima agitacion.

Fray Pedro se estremeció,

—¿Será la esposa de Cortés?—se dijo.

Y obedeciendo á este pensamiento, interceptó el paso de la encubierta dama.

—Señora, ¿qué habeis hecho?—exclamó.—Salid por Dios, salid; no agraveis los últimos momentos de vuestro esposo.

La encubierta se levantó el velo.

—No soy quien suponeis,—dijo;—vengo á cum-

cumplir una mision que me ha confiado mi hermano... Mi hermano, señor,—añadió,—es Francisco Pizarro; ya habeis oido su nombrer.

Cortés oyó la voz de la jóven y quiso hablar.

—Venid... venid conmigo... no turbemos su agonía...

—¿Qué decís?... ¿Se muere?

Fray Pedro hizo una seña á la jóven para que callase y le siguiese.

Los dos salieron á la estancia inmediata.

Cortés volvió trabajosamente la vista hácia la puerta.

Los vió salir, y su agitacion creció.

—Tomad asiento, jóven, y habládme con entera libertad,—dijo el sacerdote;—soy como Hernan Cortés. Pero tomad asiento, estais agitada...

—Mucho, sí... Acabo de llegar, y el cansancio del viaje se une en mí el pesar que me causa hallar en tal estado á quien no há mucho vi lleno de vida.

—¿Vos conoceis á Cortés?

—Le conocí en Trujillo, adonde fué á visitarme con su hijo.

—¿Con Luciano?

—Sí. La fama de mi hermano llegó á su noticia, y quiso saber algo de él.

—¿Y cómo vos, tan jóven habeis venido sola desde Trujillo aquí?

—Me ha acompañado un anciano que es tío mio, hermano de nuestra pobre madre, y espera en la posada.

—¿Habreis ido á Sevilla primero?—preguntó fray Pedro.

—Allí me han informado de que hallaría en esta villa á Cortés y á su hijo.

—Luciano ha partido; pero regresará en breve.

—¿Y Cortés no puede oirme?

—Me parece que habeis llegado tarde.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué inmensa pesadumbre! Figúrese que mi hermano... Pero vos no le conoceis, y he de deciros algo de él. Mi hermano y yo, señor, somos hijos de la desgracia; un noble de Castilla engañó á nuestra madre y la abandonó. ¡Pobrecilla! La vergüenza y el dolor la mataron, y si no hubiera sido por nuestro buen tio... Pero criados en la pobreza, mi hermano y yo tuvimos que guardar ganado... ¿Quién nos hubiera dicho que andando el tiempo él seria un capitán afamado y yo la hermana de un héroe?... Pero os cuento lo que nada os importa, y olvido lo principal.

—Hablad, hablad, hija mia, que me interesa vuestro relato,— dijo el sacerdote.

—Pues bien; cuando el gran Hernan Cortés se dignó honrar mi pobre casa con su presencia, yo ignoraba que á él debia mi hermano casi toda la fama que ha alcanzado.

—¿A Cortés?

—Sí, á él.

—¿Y no os lo dijo al veros?

—Lo ignoraba.

—Explicaos.

—Mi hermano, desesperado de su pobreza, y sintiendo en sus venas sangre hidalga, resolvió hacerse soldado.

—¿Y bien?

—Todos los hombres poseidos de noble ambicion buscaban su fortuna en el Nuevo-Mundo.

—¿Y vuestro hermano?...

—Se alistó en una carabela, fué á Santiago de Cuba, y de allí partió como soldado á las órdenes de Pánfilo de Narvaez para atacar á Hernan Cortés.

—Es decir, que hizo armas contra él.

—No, porque todos los soldados de aquella expedicion, admirando su valor, dominados por su prestigio, se pasaron á su bando y le ayudaron á la conquista.

La jóven hizo una pausa.

—¿Cómo habeis sabido todo eso?—preguntó Melgarejo.

—Mi hermano ha enviado un emisario con orden de encargarme que buscase á Cortés.

—Cuando le veas,—me dice mi hermano por conducto de la persona que me ha hablado,—dile que yo soy el soldado á quien en la famosa é inolvidable *Noche triste* arrancó de las garras de dos indios que iban á destrozarle; dile que yo, confundido entonces entre la multitud, aspiraba, aleccionado en su escuela, á ser algo, á distinguirme, y que ya he conseguido ser un conquistador.

—Dios sea bendito.

—No es eso sólo,—añadió la jóven.—Mi hermano

ha sabido la ingratitud de que es objeto un hombre tan valeroso, é indignado:

»—Díle á Cortés,—me ha mandado á decir,—que aquí donde yo estoy tiene el primer puesto; que venga á mi lado, que entre todos nosotros, admiradores suyos, encontrará amor, respeto y veneracion cuando baje al sepulcro.

—Sí, si...—dijo de pronto una voz cavernosa, que resonó cerca de la jóven y del sacerdote.—Yo iré á morir con él...

—¡Cortés!—gritaron á un mismo tiempo fray Pedro y la jóven.

En efecto, Cortés mal encubierto con una manta, se presentó á sus ojos como un espectro.

—¡Hernan!—dijo Melgarejo, corriendo á su lado para sostenerle, porque vió que las fuerzas le faltaban é iba á caer en el suelo.

Cortés no pudo responderle.

Victima de una congoja, buscó el apoyo que le ofrecia su amigo, y cayó en sus brazos.

La jóven acercó un sitio, y á duras penas le sentaron en él, arropándole con la manta.

La jóven fué á buscar una almohada, y los dos permanecieron algunos instantes esperando asistir de un momento á otro á la catástrofe.

El franciscano se presentó.

—Padre, llegais á tiempo,—dijo fray Pedro Melgarejo.

—¿Qué sucede?

—Ya veis.

—¿Cómo se ha levantado?

—No ha podido explicárnoslo; al llegar aquí ha caido desvanecido.

—¡Válgame Dios! ¡Qué locura!—dijo el franciscano.

Y se acercó á pulsarle.

Mientras el médico examinaba al enfermo, miraban aquella escena con vehemente ansiedad Melgarejo y la hermana de Pizarro.

—¿Creeis que ha muerto?—preguntó el sacerdote al ver el escrupuloso exámen que hacia el franciscano del pulso del enfermo.

—Aún no...—respondió vivamente.—Su pulso late, respira, y muy en breve recuperará los sentidos; pero ¡ay! será la última llamarada, el último resplandor de una luz, que habiendo sido muy brillante, se se extingue para siempre.

—¡Pobre amigo!—exclamó Melgarejo.

La jóven comenzó á sollozar.

Todos permanecieron silenciosos algunos minutos.

—Si pudiéramos trasladarle al lecho,—dijo el franciscano,—mejoraríamos su estado...

—Yo os ayudaré,—dijo Melgarejo.

—Y yo,—añadió la hermana de Pizarro con tierna solicitud.

—Probemos...

Iban á ejecutar la operacion, cuando el franciscano los detuvo:

—Esperad...—dijo.—¡Vuelve en sí!...

En efecto; poco á poco, con una lentitud dolorosa, abrió los ojos el enfermo.

Sus pupilas, apagadas durante la enfermedad, brillaban como los últimos rayos del sol cuando los interceptan nubes negras, precursoras de la tempestad.

Dirigió en torno suyo una mirada, y haciendo un esfuerzo habló:

—Pedro...—dijo;—acércate... ya no deliro. Dios ha querido darme algunos instantes de lucidez para que pueda despedirme de todos los seres queridos de mi corazón... Llama á mi esposa... haz que vengan mis hijos...

—Cálmate, Hernan amigo.

—Estoy tranquilo... muy tranquilo: ya no me acobarda la muerte, mi alma siente piedad para mis enemigos...

—Pero ¿por qué has abandonado el lecho?...

—El lecho... ¡Ah! Sí... ahora recuerdo...

Y buscando con la vista á la hermana de Pizarro:

—Acércate, hija mia,—añadió.—Cuando llegaste, yo estaba muy enfermo... mucho... mi cabeza ardía. Pero tu voz resonó en mi oído, y cayó en mi alma como un bálsamo dulcísimo... Sí, tú me recorriste toda mi vida, todas mis glorias, y me sentí muy aliviado... Os alejasteis, y yo quería oiros... Entonces hice un esfuerzo, me arrojé del lecho, y apoyándome en las paredes, llegué á la puerta. Todo lo oí, todo; tu hermano se ha acordado de mí en apogeo, me ha vengado de mis enemigos, y yo le bendigo... El será grande, sí; él logrará que la pos-

teridad le honre y le venera... Pero no puedo acudir á su llamamiento, mi vida se acaba... Luciano irá, peleará á su lado, y alcanzando gloria y fortuna, será digno de tu afecto, porque te ama con todo su corazón.

—¡Padre mio!—exclamó la jóven.—Yo os juro corresponder á su cariño, labrar su dicha.

—Sí... sí... pero que venga. Las fuerzas van á abandonarme, y ahora es para siempre.

Al decir esto dejó caer los párpados, y sufrió otra congoja.

—Fray Pedro,—dijo el franciscano,—alejad á esa jóven de aquí, y volved ayudarme á trasportarle al lecho.

Melgarejo encomendó al cuidado de las personas que habitaban en la casa á la hermana de Pizarro, y volvió.

Pero volvió tarde.

—Su vida se extingue,—dijo el franciscano;—no podemos moverle de aquí, y es necesario que mande un recado al convento para que vengan administrar-le la Extrema Uncion.

Fray Pedro corrió á cumplir esta orden.

Entre tanto, Cortés queria articular algunas palabras; pero sus lábios no podian pronunciarlas.

—Dios mio,—pensaba el franciscano contemplándole.—¿Quién es capaz de penetrar vuestros altos designios! ¡El gran hombre temido en los combates, admirado del mundo, enviado hasta por su rey, llega al ocaso de su vida en este mísero pueblo, en una

humilde casa, abandonado de todo el mundo, sin escuchar la voz de sus hijos, sin oír el adios de su esposa!

Profundamente conmovido se arrodilló delante de él, y cogiendo sus manos las calentaba con su aliento, porque empezaban á helarse.

Fray Pedro volvió con la Extrema Uncion, seguido de frailes y de muchos habitantes del pueblo, que estaban consternados al saber que ya no habia esperanza de salvar á Cortés.

Los frailes con hachas y los habitantes del pueblo penetraron en la estancia del moribundo.

Al terminar la ceremonia resonó la campana del convento con doble funerario.

La comitiva se alejó.

No habria aún llegado á la calle, cuando el franciscano, separándose de Cortés, se acercó á fray Pedro Melgarejo.

—Rogad á Dios por él,—le dijo.

—¿Ha muerto?

—Sí.

En efecto, acababa de espirar (E).

Los dos se arrodillaron, elevando al cielo su plegaria para que recogiera en su seno el alma de aquel hombre tan grande y tan desventurado.

Capítulo CLI.

Venturas póstumas.

Mientras tenia lugar en Castilleja de la Cuesta la dolorosa escena que acabo de referir, avanzaba rápidamente con direccion á dicho pueblo un ginete, á quien el vivo galope de su caballo le parecia pesado.

Era Luciano.

Luciano volvía á ver á su padre lleno de esperanza.

Protegido por los amigos de Cortés, se habia presentado al rey y le habia hablado con la energia que dá el dolor y el respeto que inspira la esperanza de la justicia.

La pintura que le hizo de la aflictiva situacion de su padre, agravada por la orden que habia recibido, orden que parecia un arresto más que otra cosa; la seguridad que le dió de que tanto Cortés como él